

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	<i>Peñetas.</i>
Mes . . . . .	1
Trimestre . . . . .	2,50
Semestre . . . . .	5
Año . . . . .	10
PROVINCIAS	
Tres meses . . . . .	8
Semestre . . . . .	5,50
Año . . . . .	10
Extranjero y Ultramar . . . . .	8 pesos
CORRESPONSALES	
25 números . . . . .	1,50
NÚMERO CORRIENTE	
	10 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO

25 céntimos.

PERIODICO SATÍRICO BISEMANAL

CARICIAS FRATERNALES

Como en otra ocasión he dicho, pueden y deben salvarse en política mares de sangre cuando el bien de la patria lo demande, pero nunca charcos de cieno, y menos para servir este ó aquel interés personal.

Las luchas mantenidas entre sí por nuestros jefes durante la República, y que dieron al traste con ella en once meses, en la memoria de todos están; la conducta que han observado después unos con otros, por sabida se calla.

A juzgar á cada jefe por lo que los demás han dicho de él, habría para encerrar á todos en un manicomio, condenarlos á cadena perpetua, ó hacerlos perecer en garrote vil. Los republicanos que han andado cerca de ellos saben bien que esto es verdad.

Durante dieciséis años se combaten (con intermitencias pasajeras) de la manera más inusitada y feroz, desoyendo las súplicas del pueblo que les manda deponer sus odios en el altar de la idea común; y no hay medio de que se entiendan noble y lealmente para ir juntos al único terreno práctico que existe para conseguir el triunfo de lo que amamos. En una sola cosa están siempre de acuerdo: en escupir al rostro de los que se sacrificaron por conquistar lo que ellos perdieron cobardemente.

Se inicia la coalición de abajo á arriba, y no protestan mientras creen que pueden hacerla servir á sus fines; pero al ver que va por rumbos revolucionarios, Pi y Salmerón se colocan enfrente. Castelar, preocupado en ayudar á la monarquía, apenas se llama Pedro, y se dispone á dar ministros á Sagasta.

En esto las elecciones se echan encima, y se sienten animados del espíritu de concordia que nunca tuvieron; la palabra fraternidad sustituye á las injurias que se prodigaron siempre, y Castelar, Salmerón y Pi (éste á espaldas de su partido) conciertan una coalición en que la dignidad, la seriedad y el carácter de todos quedan malparados, porque todos faltan á declaraciones terminantes y solemnes.

No me duele que se hayan entendido, porque todo puede y debe olvidarse entre republicanos; lo que me indigna es que lo hayau hecho con el mezquino propósito de ir juntos á las elecciones, y no con el único lógico y necesario; y esto me autoriza para recordar á los republicanos lo que Salmerón ha dicho de Pi, y viceversa; (de lo que Castelar ha dicho de ambos no me ocupo, porque se necesitarían centenares de volúmenes), para que se convenzan de que no es posible que vayan juntos de buena fe los que de tan terrible manera se han tratado.

Creería yo en su buena fe si se hubieran unido para correr juntos el riesgo de ir á la cárcel, á presidio ó á la emigración, exponiendo antes

la vida; que las grandes empresas tienen la virtud de levantar el ánimo á alturas inaccesibles á las pasiones pequeñas; pero ¿qué he de pensar al verlos unirse para alcanzar un acta, y separarse después? «Esta coalición— ha dicho el propio Sr. Pi en su periódico,— nótenlo bien nuestros correligionarios, tiene un solo fin: las próximas elecciones. Concluirá cuando las elecciones concluyan.» ¡Es decir, que se ordena á los federales votar candidatos que los combatan luego! Esto es escandaloso.

Voy sospechando que todo esto obedece á un plan de mistificación, que bien pudiera encaminarse á entregar al partido federal atado de pies y manos á sus constantes enemigos y detractores, para quitarle así el carácter revolucionario que siempre le distinguió, y que es la base de su gloria, á la vez que el faro de sus esperanzas. Pero de esto hablaré en breve.

He aquí ahora lo que dije en 30 de Marzo de 1890, y que reproduzco para que los *pilistas* vean si pueden votar sin mengua de su decoro al Sr. Salmerón:

«LA CODICIA DEL PODER

Esta frase ha lanzado el Sr. Salmerón contra los revolucionarios.

Si cree ofendernos con ella, es por pensar que la entendemos del modo que él; y si efectivamente la entendiéramos así, le sobraría razón. Nada más miserable, antipatriótico y criminal que la *codicia por el poder*, cuando no se repara en medios para satisfacerla.

¿Pruebas de cómo él la entiende? Allá van. Corría el mes de Julio de 1873, y la perturbación en España era inmensa. Pi vacilaba en el poder, no sólo por su falta de condiciones para gobernar, sino por la guerra implacable que le hacían las fracciones republicanas que reconocían por jefes á Castelar y Salmerón.

El combustible estaba hacinado, faltaba la mecha, y el Sr. Salmerón se la aplicó desde su periódico *La República*, en un artículo publicado el 16 de aquel mes.

Allá va el artículo, para que se vea adónde se dignó descender el Sr. Salmerón por sustituir en el gobierno á Pi, como efectivamente lo consiguió:

«EL PRIMER FRANCO

Se insubordina un batallón de cazadores, asesinando á su jefe, y se consigue que tan espantoso crimen contra la disciplina quede impune; se insurrecciona Málaga, asesinando á su alcalde, y se contemporiza con los asesinatos, lográndose que el crimen quede sin castigo; se declara Salvóchea tirano de Cádiz, y no hay quien le destituya y le acuse de este crimen de lesa nación; los internacionistas de Sanlúcar siembran el terror entre sus ciudadanos, y no se toma providencia ninguna contra este crimen de lesa sociedad; los voluntarios de San Fernando pretenden apoderarse de las armas de la marinería, y nada se acuerda para evitar este crimen contra la seguridad pública; Sevilla, la inofensiva Sevilla, se solivianta y amotina, promoviendo un inmenso conflicto, y se halla muy cómodo no proveer á las necesidades del orden público, dejando sin correctivo tamaño escándalo; se insubordinan, se dispersan, se sublevan, se desertan, vuelven la espalda al enemigo, se burlan de

sus oficiales los soldados de la República, y no se quiere que los caudillos echen mano de la ordenanza para reprimir estos inauditos hechos; los francos, los mismos francos, esas miserables gavillas de mercenarios sin coraje y sin dignidad, hijos espúreos de una sociedad podrida, intentan entrar á saco y destruir los intereses cuya defensa les fuese confiada, y no se ha hecho un ejemplar castigo.

Así, de derrota en derrota, de impunidad en impunidad, de miseria en miseria, de desgracia en desgracia, hemos llegado á la triste situación de que, mientras en el Mediodía se incendian las ciudades, y se asesina á los republicanos, y se declaran independientes las provincias, y se subleva la escuadra; y mientras en el Norte y Nordeste se rinden las plazas fuertes, y los defensores de la República arrojan las armas, y se organizan con entera confianza las huestes del absolutismo, un republicano en el Parlamento parece hacer causa común con los presidiarios; un ministro desatentado dice sin empacho que no hará armas contra las hienas de Alcoy, que á tanto montan las declaraciones del ateo y fanático Súñer; y, por último, el presidente del poder ejecutivo, el socialista Pi, el *primer franco* de la República, se presenta ante un Parlamento, ante una reunión de hombres á quienes debía suponer hombres sensatos, *hombres*, liberales, ó por lo menos hombres serios, y se permite la incalificable audacia de asegurar que tiene tranquila la conciencia.

No; eso no puede ser, ciudadano presidente del poder ejecutivo. La sangre del coronel Martínez Llagostera te ahoga; la sangre de Cabrinety te tiñe las manos; la sangre de Moreno Micó empaña tus cabellos; la sangre de Albors va delante de tí, que caminas sediento de paz, como aquel lago ficticio y fantástico tras el que caminaban anhelantes los soldados de Napoleón por los arenales africanos.

Nosotros creíamos que un socialista era un filósofo que, no hallando conformes al bien y al progreso de la humanidad las antiguas convenciones morales de los individuos entre sí, ni las relaciones establecidas por las leyes entre la sociedad y el individuo, pretende encontrar nuevas fórmulas dentro de la ley y por la ley misma, que, derrocando los privilegios históricos y alzando un templo á la justicia, tiendan á la nivelación de los derechos y de los deberes individuales, y á que cada uno concurre en la medida de sus fuerzas á la hermosa obra del bienestar general y de la fraternidad universal.

Pero nosotros no pudimos presumir nunca que existiera en el mundo un socialista ilustrado que pretendiese llegar á la realización de su ideal por el exterminio, ni que existiera una sociedad tan insensata que para mejorarse estimara legítimos medios el asesinato, el incendio y la destrucción.

Nada nos sorprende ya, y nada nos admira después de lo que hemos visto y oído. Creemos que el cuerpo político está muerto, en descomposición, y aun ha de procurarse dar calor á la *heremacausia* social, esto es, á la disgregación y podredumbre del hermoso árbol de la libertad y de la patria.

Creemos que el ciudadano Pi permanecerá aun tranquilo emborrachándose con su vanidad, como el insensato piloto que, rotos por el huracán las jarcias y los mástiles de su nave, sin timón, ni brújula, se encierra cobarde en su camarote para emborracharse con alcohol; ó como el capitán que, perdida por su impericia y debilidad la batalla, cree que el desastre fué debido á que sus confiados soldados supieron morir heroicamente, sin secundar sus torpes intenciones.

Pero también esperamos que ha de verificarse dentro del genuino partido republicano federal, y en todos los demócratas españoles, una reacción saludable, enérgica, salvadora, necesaria para limpiar de francos la patria, y que, armando y reorganizando el ejército y las reservas, salve los restos de esta sociedad desquiciada y aune en una sola aspiración á todos los liberales, demócratas y republicanos españoles; la de que la Europa respete

# EL MOTIN



Pi desnudando al partido federal, para vestir á Salmerón.

nuestras fronteras; la de que el absolutismo huya ante nuestras banderas como un fantasma, y la de que impere los hombres de honor y sentimientos humanos, al amparo de las ideas democráticas y del régimen republicano federal.»

¿Qué les parece á mis lectores el artículo, publicado en el periódico del varón justo, el hombre recto, el Catón español, acérrimo enemigo de los ataques personales; artículo inspirado por la codicia del poder, no por la noble y honrada que aspira á salvar la patria, sino por la mezquina y torpe de bantería?

¿Qué opinan los federales del hombre que lanzó ó permitió lanzar acusaciones y cargos tan tremendos contra el Sr. Pi, en aquellos momentos de desolación y angustia, cuando debió ponerse lealmente á su lado para ayudarlo á salvar la República, combatida por los reaccionarios de todas clases?

¿Qué les parece eso de hacer de Pi el primero de los francos, miserables gavillas de mercenarios sin coraje y sin dignidad? ¿Qué lo de acusarle de transigir con todos los crímenes, el asesinato y el incendio inclusivos? ¿Qué lo de dar alientos al absolutismo? ¿Qué lo de hacer por medio de sus adeptos causa común con los presidiarios? ¿Qué lo de ahogarse con sangre y pretender llegar á la realización de su ideal por el exterminio? ¿Qué lo de la borrachera de vanidad, las torpes intenciones y la impericia? ¿Qué, por último, la aspiración á que cayese, para que imperasen los hombres de honor y sentimientos humanos?

Cuando Salmerón hablaba, ó consentía que hablase en esa forma en su periódico, servía los intereses reaccionarios. ¿Cuáles sirve ahora al enaltecer la figura política del Sr. Pi, que deprimió como nadie?

¿Cómo no se atarazó la lengua en el circo de Rivas y en la Asamblea republicana, antes que formular el más pequeño elogio en favor de un hombre á quien ese artículo hubiera llevado al cadalso en una revolución como la francesa?

Se necesita todo el descaro de que ese filósofo está dotado, para atreverse después de tal artículo á tomar siquiera en boca el nombre del Sr. Pi, y presentarlo á la admiración pública, siendo, como ya he dicho, el mismo político del 73.

Por eso cuando veo á los federales entusiasmarse con las alabanzas que el dolorosamente sorprendido prodiga hoy á su jefe, pienso en el artículo *El primer franco*, y no comprendo cómo hay uno siquiera que lo haya olvidado ni que lo perdone.

Y siento además profunda pena al pensar que aquí no va quedando ya nada: ni entendimiento para el juicio, ni voluntad para la obra, ni memoria para el recuerdo.»

Herido por ese artículo el Sr. Pi, contestó con este otro, publicado el 18 de Noviembre de 1873 en *El Reformista*, y que exhumé con fecha 23 de Marzo de 1890:

«EL HOMBRE HUECO

Si hay algún hombre en España que deba estar agradecido al pueblo, porque el pueblo no sólo haya hecho completa justicia á su talento y á su moralidad, sino dado á una y otra un premio mayor que el que merecía, este hombre es Nicolás Salmerón y Alonso.

Nadie ha hecho menos que él por la causa de la República en los días de la propaganda; nadie ha recibido de la República más de lo que él ha recibido en el día que, por no llamar del triunfo, podríamos llamar del botín.

Era hace diez años uno de tantos discípulos del venerable Sanz del Río; andaba por las calles de Madrid, como casi todos sus compañeros de cátedra, si no en la miseria, en la escasez; si no acosados por el desprecio público, tachados por la prevención de las clases conservadoras.

Tenía una inteligencia despejada y había sido buen alumno, como cualquier otro; en las cátedras de filosofía no se reconoce superioridad en el talento. Explicaba bien, hablaba regular, escribía algo y era moral en sus costumbres.

El pueblo, que no conoce á la mayor parte de sus compañeros que en Madrid y en provincias siguen viviendo modestamente dentro de sus cátedras, fijó en él su atención y comenzó á elevarlo.

Le cubrió con el aura de sus aplausos y lo hizo profesor de la Universidad: creyó que su doctrina entrañaba una reforma social á la que él parecía decidido, y en la votación del Comité de 1865 le favoreció con mayor número de votos que á ningún otro republicano; aplaudía siempre su palabra y su silencio; era pobre para poder luchar en distrito alguno, y el pueblo lo hizo diputado por donde nadie lo conocía; la causa que sus labios defendían en la Cámara quedaba santificada. Llegó la revolución y fué ministro, y luego jefe del poder, y luego presidente de las Cortes. No ha sido más porque no es posible ser más en España.

De cualquier modo, él se ha encontrado en una posición excepcional. El pueblo, á quien tantos llaman ingrato, ha sido con él pródigo y le ha dado graciosamente cuanto podía darle: gloria, dinero, posición. Otros

hombres que se han elevado entre nosotros pueden decir: «yo he subido por mi palabra, ó por mi dinero, ó por mis relaciones, ó por mis infamias, ó por mis bajezas; por lo que he trabajado en el periódico, en el club, en la oficina, en el cuartel, en la antesala, en la Bolsa ó en la alcoba.» Salmerón no puede decir eso: no ha trabajado nada para adquirir el poder: ha subido porque el pueblo lo ha elevado, movido por una fe misteriosa que le ha hecho no preguntarle por sus obras. El Sr Salmerón no ha hecho nada. En el extranjero no le conoce nadie.

II

Salmerón ha sido respecto á Sanz del Río lo que Juan, el discípulo predilecto, fué respecto á Cristo. Aquel anciano que empezó desde su cátedra á lanzar torrentes de moralidad en los días en que Madrid gozaba todo el esplendor de la vida babilónica que le proporcionaron los conservadores; aquel hombre que no pecaba nunca y que resistía con la misma energía los embates del dolor que las tentaciones de la gloria, lo llamó su discípulo predilecto, y tal vez esta elección fué la base de su fortuna. Le encargó, por decirlo así, que sacara de la cátedra los principios que deben regenerar á la sociedad y los aplicara á la política con la dignidad y la energía que necesitan las nuevas generaciones. Todos creyeron que Salmerón podría hacer esto, y que contaba con un caudal de ciencia suficiente para reorganizar esta sociedad enferma y la rigidez de conciencia necesaria para no caer arrebatado por las cenagosas corrientes de nuestros partidos.

¿Ha correspondido á estas esperanzas?

El 23 de Abril, el hombre de ley se reúne con los hombres de fuerza para dar un golpe de Estado.

El 24 de Abril, el autor de golpes de Estado hace alianzas con la justicia histórica para perseguir á los hombres de fuerza.

Al día siguiente el reformador que había violado su legalidad originaria, sintió escrúpulos de conciencia y transigió con esa iniquidad organizada que se llama magistratura española.

¿Cuál era el discípulo de Sanz del Río? ¿El hombre enérgico é inflexible, el que animaba á Contreras cuando iba á atacar la Plaza de Toros, el que daba instrucciones al Sr. Melchor de Lamourette para que formara causa á los conspiradores, ó el que respetaba á los esbirros que Sagasta había convertido en magistrados?

El pueblo no se fijó por entonces en estos detalles y siguió respetando al apóstol y lo hizo presidente de la Cámara. Y ante su vista pasaron actas que no hubieran pasado nunca, y su conciencia se detuvo en otras actas que coincidían precisamente con los intereses de ciertos poderosos.

Tampoco se fijó nadie en esto.

Pero llegó un día en que un general español se puso la faja y tomó un bastón en la mano y entró en el palacio de la Representación nacional, y atropelló á un diputado que había hecho legítimo uso de su derecho. Esto no era extraño en un general español; pero se creía que el hombre recto lo juzgara según su conciencia inflexible.

Si Ríos Rosas hubiera sido entonces presidente, aquel general hubiera tenido que pedir de rodillas perdón al diputado. El hombre enérgico lo entendió de otra manera, y el general se pudo jactar á sus anchas de haber insultado á la Cámara.

No fué esto bastante para que decayese el entusiasmo del pueblo.

Surgió luego la insurrección cantonal, de la que no podemos hablar en este momento con la extensión debida, y, coligados los elementos conservadores, todos buscaron á Salmerón para que se aliara con ellos en contra del pueblo que lo había tan generosamente levantado. Salmerón aceptó la alianza.

El autor de un proyecto de Constitución retiró su proyecto.

El enemigo del militarismo se unió á los elementos militares.

El reformador social se alió con todas las clases que representan las aberraciones históricas.

El hombre inflexible se acomodó á todo menos á la súplica de los que le decían: «Haz que se discuta y se vote esa Constitución que la comisión propone, y te prometemos que la insurrección concluirá antes de ocho días.»

Y envió á Pavía al Sur con instrucciones para bombardear á Sevilla, aunque no fuera necesario; y envió á Martínez Campos á romper todas las tejas de Valencia, sin necesidad ninguna. Es verdad que por aquellos días en que no quería tratar con los cantonales, canjeaba por un coronel algunos prisioneros carlistas.

Y cuando hubo regado de sangre á toda Andalucía y arrojado al viento desde Milata todas las municiones disponibles, el hombre enérgico y de conciencia sintió remordimientos y no quiso aplicar la pena de muerte.

¿Como si hubieran necesitado de tribunales ni de penas los pobres obreros de San Fernando cosidos á bayonetazos después de presos!

Y cayó por no aplicar la ordenanza... en el sillón presidencial. Y desde él votó ó permitió votar la pena de muerte. Y puso su conciencia de reformador de pantalla de una dictadura tan necia como impotente.

Sintió que fusilaban dos soldados, y calló.

Sintió que en Cuba se mantenía la esclavitud, y calló.

Sintió que con el nombre de reserva se estaban comiendo con el pueblo las mayores iniquidades, y calló.

Sintió el lodo removido por el caballo de Pavía, y calló.

Sintió la horrorosa descarga que ha producido un lago de sangre en Cuba, y calló igualmente.

¿Qué extraño es, pues, que el pueblo cansado le pregunte?

«Filósofo, ¿qué diablos entiendes tú por moralidad? Legislador, ¿qué entiendes por ley? Reformador, ¿cuáles son tus reformas?»

III

El hombre enérgico é inflexible no contesta: su gravedad se ha hecho ya cómica.

Lo menos malo que podemos suponer de él es que está hueco por dentro.

Su frente espaciosa, sus ojos llenos de vigor, su rostro enérgico, no son mas que el capricho de un fabricante de figuras de yeso. Dentro no hay nada.

Lo mismo que los católicos sacan en sus procesiones gigantes de cartón que asustan á los muchachos, los republicanos de orden han sacado para esta procesión ridícula á Nicolás Salmerón.

Siempre tiene la misma cara, no varía nunca; siempre espanta, pero nunca se mueve, ni ríe, ni llora, ni se agita, ni parpaguea... Nada, allí dentro no hay nada.

El pobre Sanz del Río se equivocó: el pueblo se ha equivocado; sus amigos se han llevado un chasco solemne; sus enemigos se ríen hoy del miedo que le tuvieron.

Si esto no fuera cierto, la indignación del pueblo debería ser terrible, porque Salmerón ha sido respetado como no lo ha sido ningún hombre. ¿Quién había de suponer que ese hombre podría ser poder en una situación en que se abren al público todos los garitos, que es justamente el día en que el gobierno hace 54 asesinatos?

Es preferible decir al pueblo: «Salmerón está hueco por dentro», á decirle: «ha sido cómplice de esto otro».

Convengamos, pues, en que está hueco.

Depositémosle con las precauciones debidas, á fin de que no se rompa, en cualquier parte hasta que pueda servir en otra procesión cualquiera.

Y por si acaso no vuelve á haber más procesiones, volvémosle á su cátedra, á fin de que repita cualquiera de sus lecciones.

Y procuremos en lo sucesivo sonar á los hombres antes de aceptarlos.»

El artículo, como se ve, es hermoso, y más que hermoso gráfico, y justo sobre todo. Sin haber puesto el nombre del protagonista, cualquiera hubiese exclamado al leerlo: «¡Ese es Salmerón!»

Hay que advertir, para que se comprenda la autoridad del periódico donde se publicó ese artículo, que se honra á menudo con la firma de D. José María Orense, y que lo redactaban ilustrados y consecuentes diputados de las Cortes del 73.

Y después de esto, ¿qué añadir?

Que el Salmerón de ayer es el mismo de hoy, sin más diferencia que la mayor suma de torpezas y deslealtades que constan en su hoja de servicios.

Que ahora, como entonces, se distingue por sus contradicciones, sus nebulosidades y su empeño en pasar por hombre rígido y severo, siendo uno de tantos y menos que muchos en lo que respecta á la posesión de tan altas cualidades.

Y que, consecuente con su tradición política, ha tratado en la Asamblea Nacional Republicana de echar una zancadilla á Ruiz Zorrilla, como á Pi en Junio del 73 y á Castelar en Enero del 74.

Lo que ocurre aquí es que se olvida todo; que los años de degradación transcurridos desde lo de Sagunto acá han producido tal anemia en los caracteres, achicado de tal modo los espíritus y creado tales convencionalismos, que muchas palabras han perdido su significación y muchos actos su importancia; que la mayoría de la prensa, en nombre de una cultura femenina, atenúa la censura tanto como exagera el elogio; y que muchos políticos callan porque su historia está llena de sombras, y temen al «más eres tú».

¿Cómo, si no, hubiera sido posible que un hombre cual Salmerón se rehabilitase en poco ni en mucho después de sus torpezas en 1873 y de su cobardía en la noche del 3 de Enero, sin realizar desde entonces acá acto alguno que borrara por su grandeza las páginas oscuras de su historia, sin hacer ningún sacrificio de esos que obligan al perdón, sin haberse arrepentido de sus aficiones reaccionarias, ni siquiera tenido el valor de sostenerlas abiertamente como Castelar?»

El federal que después de esto vote al señor Salmerón ó á los que le siguen, que no hable más de autonomías y recabe el derecho á titularse *suizo de Pi*, que no se lo negaremos.

LA CARICATURA

Trocado el odio mortal en acendrada pasión, hoy protege á Salmerón D. Francisco Pi y Margall. Su afecto por él es tal que ni vacila ni duda, y á que se abrigue le ayuda procurándole un vestido, aunque á su propio partido para vestirlo desnuda.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.